

César, que en alas de tu genio subiste desde tu nido de Córcega á las Pirámides de Egipto y desde las Pirámides de Egipto volaste á las torres de Nuestra Señora, con el rayo en las garras y el génio centelleando en los sanguinolentos ojos; dime, si puedes hablar, qué sentiste, qué sintieron tus huesos allá en el hueco de tu sepulcro de los inválidos, bajo las moles de pórfido, cuando el mástil último de la destrozada nave del Imperio, la columna de Vendome, en torno de la cual venian las almas de tantos héroes acostados sobre los campos de matanza bajo el peso del sueño eterno, á revolotear y calentarse en el fuego fátuo de tu gloria; dime, repito, qué sentiste, qué sintieron tus huesos, cuando el postrer monumento de tu nombre rodó en pedazos por el suelo que tú agrandaste y que tú quisiste dilatar hasta los últimos extremos de la tierra.

Eran las tres de la tarde. Más de veinte mil almas se apiñaban por las calles que

avecinan á la plaza de Vendome, cuyo recinto estaba reservado á los favoritos de la Comunidad. Varias músicas tocaban los himnos inspirados por el patriotismo para celebrar aquel acto anti-patriótico. Tres horas se tardaron, tres horas mortales en los preparativos. La base estaba serrada, la cima ceñida de maromas, el suelo cubierto de grandes haces de paja sobre la cual se extendía una espesa capa de estiércol. Por fin, como siempre es más fácil derribar que construir, matar que criar, la columna se inclinó como un gran árbol tronchado por el huracan, y cayó en tierra, levantando inmensa nube de polvo. La efigie de Napoleon se rompió un brazo, al caer sobre aquel lecho de excrementos. El general Bergeret pronunció un discurso guerrero sobre el pedestal de la columna donde se levantaba antes el general Bonaparte. ¿Qué me decís de este epígrama, de esta candidatura viviente? Cuán instructiva ¡oh Providencia! es la Historia.

## CAPITULO CVII.

### SUPREMOS INSTANTES.

La Comunidad, á fines de Mayo, se mostraba en la mayor descomposicion. Los individuos que componian esencialmente el poder legislativo, se desbandaban. Sus sesiones tenían el aspecto de un pugilato en que los asuntos personales predominaban sobre los asuntos políticos. Los miembros del Poder Ejecutivo ó Junta de Salvacion pública, carecian de toda uniformidad en sus principios y de toda regularidad en su proceder y en su conducta. Los encargados de las cuestiones judiciales apenas podian reunirse. El Ministro de Hacienda se quejaba á todas horas de que los gastos crecian y aminoraban los ingresos. A mayor abundamiento, en el periódico oficial apareció un anuncio de que no se pagarían las rentas y de que se destruirían las inscripciones en el gran libro de los títulos de la deuda. Luego no habia persona que tuviera allí suficiente autoridad. En prender y soltar á los generales de su mayor confianza pasaban tristemente el tiempo. Bergeret habia sido uno de los más amados; y Bergeret cayó destituido, volviendo de nuevo á

levantarse, para hacer lo mismo que hiciera antes, miles de torpezas. Cluseret fué un dia la esperanza de la Comunidad. Creíanle á una la personificacion más genuina del génio militar de las modernas democracias. Pero tuvo un contratiempo y lo encarcelaron. Después las últimas sesiones de la Comunidad se consumieron tristemente en discutir sobre el proceder de este general y en averiguar si debian ponerlo en libertad ó atormentarlo en larga é indefinida prision. A cada momento se descubria alguna señal de la inexperiencia de aquellas gentes. Un esbirro de la policía secreta de Napoleon, se deslizó en sus filas; y un aficionado á banca-rotas fraudulentas se invistió con sus magistraturas. Las divisiones se ahondaban diariamente. «Os vais, decia Grousset á varios disidentes, como los girondinos, á vuestros departamentos. ¿A qué departamentos, contestaban ellos, si no podemos salir de París? A vuestros distritos municipales, que da lo mismo, decia el peinado y perfumado jóven.

Ya en aquella anarquía no les quedaba otro



remedio sino acudir á una transaccion y preservar á su patria de la guerra civil, á París de nuevas catástrofes; proceder aconsejado por motivos muy considerables, sobre todo, por la presencia humillante del extranjero en aquella encendida arena de los partidos franceses. Mas todas las tentativas de conciliacion se frustraban tristemente. Recuérdese que á los pocos dias de haberse instalado en la Casa de la Ciudad los nuevos gobernantes, ya habian acudido alcaldes y adjuntos de París á pactar un arreglo con los diputados de Versalles. Recuérdese que el almirante Saisset habia dado solemnes palabras de próxima transaccion. Brunel, exaltado militar de caballería, que se opuso con todas sus fuerzas á la capitulacion ya convenida con los prusianos hasta excitar á las guarniciones á resistir así á los invasores como al gobierno, y Protot, aquel abogado á quien prendió arbitrariamente el ministro Ollivier por la defensa de un reo político, y que fué uno de los jefes de la escuela materialista en el barrio latino, acudieron varias veces á Versalles en busca de amistosas composiciones que no cuajaron jamás. Y sin embargo, á nadie les convenian como á París y á sus gentes. Por vez primera en la historia moderna una bandera alzada en la gran ciudad no cubrió en tres dias toda Francia. Aislado París, estaba perdida la Comunidad. Su caida podia retardarse mucho ó poco; más era evidente. ¿Por qué no apresurarse en este gravísimo apuro á una transaccion?

Los diputados republicanos de Versalles acertaron á formular proposiciones convenientes y admisibles en una asociacion política que las estudió con verdadera madurez, y que tomó el dictado de union republicana; pero la Comunidad no quiso entonces aceptarla. Más tarde la redaccion del *Tiempo* llegó á formular cánones basados en afectos de concordia y admitidos por el general asentimiento. Pero el gobierno de Versalles decidió desoir á los embajadores de la rebelion y el

gobierno de París decidió tener á todos los emisarios de Versalles por conjurados y espías. En esta situacion una sociedad de antiguo respetada por sus servicios á la libertad, por sus tendencias á la tolerancia, por su oposicion al jesuitismo, apareció como mediadora. Perteneciente por su historia y por su personal á las clases medias liberales; por sus sentimientos y por sus ideas al pueblo; la Masonería estaba llamada á reanudar la union de París y Versalles si era posible despues de los antiguos mútuos agravios y de los nuevos encarnizados combates. A la parte de la democracia que aun estaba en el gobierno le convenia no exterminar á la otra parte de la democracia que aun estaba en armas, visto el creciente aumento de la reaccion monárquica, y llegar á un pacto bastante honroso, y que permitiera el aprovechamiento de fuerzas, de otra suerte malogradas ó resueltamente hostiles. Así los masones de París decidieron llamar con solemne llamamiento á una concordia pública entre el gobierno de la Asamblea y el gobierno de la Comunidad. Excitábanla á esta conducta y manteníanla en esperanza los resultados obtenidos por la liga republicana de París. Cuando el combate más se encarnizaba; cuando las bombas y granadas caian mas espesas; en medio de los primeros furores; entre las nubes evaporadas de la sangre tristemente vertida, nubes de cólera propias sólo para extender estériles sombras de muerte en todas las conciencias; sobre las ruinas humeantes de aquellos pueblecillos de las cercanías de París, églogas vivientes, nidos antes de amores, y entonces ensangrentados campos de batalla, la liga republicana obtuvo un armisticio que permitió á los más afligidos salir de aquel horno caldeado por los incendios, de aquel matadero cubierto por torrentes de sangre, para refugiarse en algun último asilo y preservar sus penates de total destruccion y ruina.

¿Por qué no debia confiar en resultados aná-

logos la junta superior, el gobierno supremo de los masones de París? Su influjo era mucho, su intencion buena, su lenguaje encendido en el ardiente humanismo de los dogmas y de las creencias naturales á la órden de la masonería, esa antigua y venerable vigilante de la libertad en los tiempos más oscuros y más crueles del absolutismo europeo. Así dijo estas solemnes palabras:

»En presencia de los acontecimientos dolorosos que hacen gemir á toda Francia;

»En presencia de la sangre preciosa que corre á torrentes, la Masonería, representante de las ideas de humanidad, extendidas por su trabajo en el mundo, afirma una vez más ante vosotros, gobierno y miembros de la Asamblea, antes vosotros, miembros de la Comunidad los grandes principios que son su ley y que deben ser los principios de todo aquel que tenga corazon de hombre;

»La bandera de la Masonería lleva inscritos en sus pliegues la noble divisa: libertad, igualdad, fraternidad, solidaridad.

»La Masonería, que predica la paz entre los hombres, y en nombre de la humanidad proclama la inviolabilidad de la vida humana;

»La Masonería, que maldice de todas las guerras y que no tiene bastantes lágrimas para llorar la guerra civil,

»Se cree en el deber y en el derecho de presentarse en medio de vosotros y de deciros en nombre de la humanidad, en nombre de la fraternidad, en nombre de la patria desolada, no más efusion de sangre; os pedimos y suplicamos que atendais á nuestro llamamiento. No os dictamos un programa; acudimos á vuestra prudencia para deciros sencillamente: evitad la efusion de sangre, de esta sangre preciosa que corre de ambos lados, y asentad las bases de una paz definitiva que sea la aurora del porvenir.

»Esto es lo que os pedimos enérgicamente; y si nuestra voz no es oída, os recordamos que la humanidad y la patria lo exigen y lo mandan.»

B.

Estos acentos de compasion, en medio de la guerra social, conmovian á todos como conmovian las oraciones y plegarias amorosas de Santa Teresa de Jesús en medio de la intolerancia y de los horrores de aquel siglo de la Inquisicion y de las guerras religiosas. París asistió conmovido á un grande espectáculo. Más de once mil masones se reunieron en alegre dia de primavera por los espacios del gran patio de las Tullerías. La procesion de esta enorme multitud se organizó con preserteza en el órden propio de sus rigurosas gerarquías. Cubrian la carrera destacamentos de la Milicia nacional, que apenas bastaban á contener el impetuoso oleaje de las aglomeradas y curiosísimas muchedumbres. Eran de ver las lógias agrupadas por su órden y por su categoría en series verdaderamente matemáticas, llevando al frente sus vistosas oriflamas con misteriosísimas leyendas; los talleres presididos por sus venerables á los cuales rodeaban esa especie de consejeros que se llaman Luces; las diversas dignidades y magistraturas con sus insignias brillantísimas y sus pintorescos distintivos; aquí el decano de los masones con el cordon al cuello, allá los aprendices con sus modestas veneras, acullá los de superior gerarquía con bordados y bandas y cordones; vestidos todos del blanco mandil, adornados todos del iris de sus enseñas; al fin los Inspectores generales con sus cruces teutónicas y las águilas de las dos cabezas llevando entre sus garras la espada de oro; y al frente el lábaro, en cuyo centro se destacaba deslumbrador el gran triángulo radiante con las palabras que Constantino vislumbrara en los cielos el dia de su victoria sobre el paganismo: extraordinario, maravilloso espectáculo, tanto más nuevo cuanto que rompía la nube del misterio, y daba á nuestras mercantiles prosáicas poblaciones el aspecto de una de aquellas ciudades asiáticas donde se verificaban tan extraños ritos y se veían por doquier tan deslumbradoras procesiones.

Encamináronse desde el Palacio de las Tu-